

La novela de la conquista: *Daimón*, de Abel Posse

Antonio R. Esteves, UNESP/Assis – Brasil

1. BARQUISIMETO, 1561

Alrededor del medio día del lunes, 27 de octubre de 1561, según el antiguo calendario juliano, las tropas fieles a su Majestad Felipe II, rey de las Españas, mataron al rebelde Lope de Aguirre, en Nueva Segovia de Barquisimeto, norte de Venezuela, en Tierra Firme de las Indias Occidentales. En seguida le cortaron la cabeza y le hicieron cuartos a su delgado cadáver, cuyas partes debieron enviarse a los cuatro cantos del Imperio para que sus actos jamás pudieran repetirse.

Era la culminación de una fantástica jornada de poco más de un año en la que los rebeldes recorrieron gran parte del continente sudamericano. Terminaba así, con sangre, lo que con sangre había empezado. El propósito de conquistar los fantásticos reinos de los Omaguas y El Dorado nunca llegó a concretarse, pero la expedición se hizo famosa por los sangrientos acontecimientos en que se hundió.

En el Año Nuevo de 1561, un grupo de conjurados asesinó al gobernador Pedro de Ursúa y tomó el poder. Lope de Aguirre, uno de los rebeldes, hizo nombrar Príncipe, en una grotesca ceremonia bajo los árboles de la selva amazónica, a Fernando de Guzmán y proclamó la desnaturalización de los reinos de España. Poco después, eliminó al Príncipe, y ocupó el mando de la expedición. Su objetivo era conquistar el Perú, para poder ser recompensado, según su opinión, por los trabajos dedicados a la conquista.

Después de recorrer miles de kilómetros navegando por ríos amazónicos y por el océano Atlántico, los rebeldes llegaron a la isla Margarita en donde instauraron un clima de terror. Pasaron a Tierra Firme y marcharon por las serranías rumbo al interior de Venezuela. En Barquisimeto, al enfrentarse con las tropas del rey, los partidarios de Aguirre desertaron, dejándolo solo. Se hundía así, aquel triste lunes, el sueño de Lope de conquistar el Perú y terminaba su sangriento dominio, cuya memoria sería abominada durante siglos.

Más de una decena de cronistas, conocidos y anónimos, la mayor parte de ellos compañeros de jornada de Lope, imprimieron fuertes colores al relato de su desventura. Loco, monstruo asesino, lo consideraron en unísono los cronistas eventuales, que querían demostrar su fidelidad a la corona. Y en ello fueron seguidos por la mayoría de los historiadores que posteriormente se dedicaron al tema.

De esta forma, Lope de Aguirre pasó a la historia como un asesino monstruoso, un rebelde loco que colocó en riesgo la autoridad real, la unidad del Imperio y los sagrados objetivos de la Conquista. Los escritores, sin embargo, tomaron la dura tarea de reescribir la historia y humanizar la figura del viejo conquistador español.

2. MACHU PICHU, 1802

‘Era el 9 de abril de 1802, o sea, 109 años antes de su descubridor oficial, el profesor Hiram Bingham de la University of Yale’, cuando Lope de Aguirre entró en Machu Pichu, según cuenta el narrador de *Daimón*, novela del argentino Abel Posse, publicada en 1978.¹

Lope de Aguirre, protagonista de la novela, se levanta de su tumba y reinicia una larga jornada que no sabe cuándo tendrá fin, ‘para repetir en el teatro de la noche otro ciclo de necesaria y callada crueldad, de callado y necesario amor’ (*Daimón*, p. 25). ‘Es la jornada de América’ (*Daimón*, p. 23).

Entre delirios y ensueños, el viejo conquistador vascuense y su grupo peregrinan por la historia y geografía sudamericanas. El espacio abarca todo el continente: selva amazónica, pampas, sabanas, caatingas, serranías andinas, páramos. Manaus, Lima, Buenos Aires, Cartagena de Indias, Machu Pichu, todas a la vez.

El tiempo ocupa un intervalo de cinco siglos desde que ‘el 12 de octubre de 1492 fue descubierta Europa y los europeos por los animales y hombres de los reinos selváticos’ (*Daimón*, p. 28). Algunas veces se presentan fechas pero, en la mayoría de los casos, se deduce el tiempo por los hechos o personajes históricos.

En tan vasto espacio físico los personajes vagan sin obedecer a la temporalidad convencional como si fueran eternos, cambiando su papel de acuerdo con la mudanza del tiempo. Lope, en este contexto, deja de ser el viejo hidalgo vascongado que se rebeló contra Felipe II, para transformarse en el prototipo del hombre americano, que peregrina por el continente, preso a sus raíces dobles: la ibérica y la americana. En un violento mar de dudas, él nada desesperadamente en búsqueda de un puerto seguro donde encontrar su identidad.

La novela se divide en dos partes: ‘La epopeya del guerrero’ y ‘La vida personal’. La primera se refiere a la epopeya de la conquista, durante el período colonial, en la que el héroe se dedica al ejercicio del poder: ‘necesaria y callada crueldad’. La segunda empieza cuando Lope decide dedicarse a su vida personal: la experiencia amorosa y mística. Para eso llega a Machu Pichu, el centro del imperio incaico, el ombligo del universo, esta ciudad mitad en cielo, mitad en tierra, ‘uno de los pocos lugares donde copulan los mundos paralelos’ (*Daimón*, p. 153), el lugar

donde 'el futuro y el pasado ocupan su debido lugar y se agregan – sin pretensiones excluyentes – en la meseta del presente' (*Daimón*, p. 153).

En ella, a través del ritual de la 'ayawasca', Lope pretende llegar al autoconocimiento. Esa jornada abarca los siglos XIX y XX, y en ella Aguirre ya se identifica plenamente como latinoamericano y se propone, además, luchar contra la destrucción de América, hundida bajo las diversas formas de neocolonialismo y dictaduras brutales. Sin embargo, el recorrido del protagonista también es interior y se puede leer como la trayectoria arquetípica del héroe, dirigida por las cartas del tarot que introducen cada uno de los diez capítulos de la novela.

En el primer capítulo, bajo la protección de *El juicio de los muertos*, Lope se levanta de la tumba y reinicia su recorrido. La carta simboliza renacimiento, el principio de un nuevo ciclo, en el que, después de la comunión con lo divino, el héroe intenta reordenar su universo psicológico y evaluar de forma consciente su experiencia de iluminación.

La peregrinación empieza y, a lo largo de su caminata, el héroe sufre una serie de pruebas rituales. Cada capítulo representa una nueva etapa que él tiene que superar. Las cartas se suceden: *El diablo*, *La emperatriz*, *El emperador*, *El as deoros*.

Después de renacer y partir para una nueva jornada, el héroe tiene que enfrentarse a su demonio interior, al mundo primitivo no verbal y a las trampas de la razón y de la palabra escrita hasta poder llegar al oro de la perfección.

Superada la primera etapa, él está listo para seguir su búsqueda interior. Las cartas de la segunda parte son: *El enamorado*, *La torre abolida*, *El loco*, *El colgado* y *El sol*. Tendrá que enfrentarse, en ese trayecto, a la responsabilidad de hacer su elección y pasar por la transformación radical que significa la destrucción aparente de su universo. Necesita abrir los caminos interiores para poder llegar al infinito: una impulsión que lo remita hacia adelante, hasta alcanzar la perfección, desde que no se iluda con los problemas sencillos y sepa confrontar el caos con paciencia y perseverancia.

El sol, la carta que rige el último capítulo, cuya simbología de iluminación dispensa mayores comentarios, marca el fin de una etapa de desarrollo y el principio de otra. Es el instante en que el héroe, ultrapasando una etapa de pruebas, ingresa en el mundo iluminado de la experiencia directa y del conocimiento puro. Significa la conquista del yo pleno y libre que puede representarse por la imagen completa del círculo. Se retorna, entonces, al principio. En la numeración de las cartas del tarot, en seguida a *El sol* viene *El juicio de los muertos*, la carta del primer capítulo de la novela.

El círculo se cierra y termina la novela, y con ella el viaje arquetípico del héroe. Lope, siempre dispuesto a morir y a resucitar, se prepara para empezar una nueva historia.

3. CUALQUIER PUNTO DE AMÉRICA, 1992

Al reseñar las posibles causas de la proliferación de la Nueva Novela Histórica Hispanoamericana, el profesor Menton apunta el acercamiento a las conmemoraciones del quinto centenario del descubrimiento de América como una de las más importantes.² La efeméride, independiente de las celebraciones oficiales llevadas a cabo en las dos bandas del Atlántico, hizo posible replantear la realidad del descubrimiento bajo nuevos puntos de vista.

Repensar el descubrimiento del Nuevo Mundo, con todos los aspectos positivos y negativos que va en ello, significa, entre otras cosas, rediscutir la esencia del hombre americano que resultó de la confrontación entre, por lo menos, dos culturas diferentes. En ese sentido, *Daimón*, de Abel Posse, fue una de las primeras Nuevas Novelas Históricas. En ella se pueden encontrar los seis rasgos básicos que según Menton caracterizan esta nueva modalidad de novela histórica: la subordinación a una concepción cíclica de la historia; la distorsión consciente de la historia mediante omisiones, exageraciones y anacronismos; la ficcionalización de personajes históricos usados como protagonistas; la metaficción; la intertextualidad y la presencia de elementos dialógicos, paródicos y carnavalización.³

Daimón se incluye en lo que se podría llamar de 'Poética del Descubrimiento y de la Conquista', subgénero novelístico que contó con la publicación de varias decenas de títulos en los últimos años. El mismo Posse publicó dos novelas más en ese ámbito: *Los perros del paraíso* (1983) y *El largo atardecer del caminante* (1992).

Al ficcionalizar importantes figuras de la historia de América como Lope de Aguirre, en *Daimón*, Colón, en *Los perros del paraíso* o Cabeza de Vaca, en *El largo atardecer del caminante*, el escritor argentino trae para el centro de la escena la discusión del sentido mismo de América. Además, los personajes elegidos en las tres novelas citadas son personajes polémicos del descubrimiento y la conquista. No es por acaso que Beatriz Pastor, en su ya clásico ensayo sobre el discurso de la conquista, tomó estos tres personajes como centrales para los tres tipos de discurso que identifica.⁴ Colón es la base del discurso mitificador de la conquista; Cabeza de Vaca, con sus *Naufragios*, está en el centro del discurso del fracaso, y a partir de la sublevación de Lope de Aguirre se produce el discurso de la rebeldía. Los dos últimos, discursos desmitificadores de la conquista.

A Posse no sólo le interesa desmitificar la conquista o lo que dice de ella la historia sino encontrar un sentido para la existencia de Latinoamérica. De ahí que las angustias de Lope de Aguirre, en *Daimón*, son las mismas de tantos latinoamericanos. El proceso de identidad es lento y difícil, nos enseña Lope. Hay que librarse del peso de los principales traumas de la civilización cristiano-occidental impuesta por el

conquistador europeo. Hay que aprender, también, a aceptar los elementos básicos de las culturas americanas, sin aceptar, sin embargo, el mito de la utopía americana, proyección de lo que ya no existe o nunca existió. Hay que buscar las raíces lejanas de esas culturas y por ello el protagonista se dirige hasta Machu Pichu para realizar su aprendizaje. Su maestro no es otro sino Huaman Poma de Ayala, el cronista del Incario.

Abel Posse, quien se considera 'un escritor argentino que hace tiempo se reconoce exclusivamente latinoamericano',⁵ cree en esa vía y más de una vez declaró que su aprendizaje de América Latina debe mucho al período en que estuvo en Lima como diplomático. Allí pudo ponerse en contacto con una América hasta entonces desconocida para él.

La novela de Posse muestra que no hay que aceptar la 'retórica de la ruina' que apunta negativamente en relación al futuro de Latinoamérica. El personaje Aguirre, a pesar de que ya no se le tenía por ibérico, niega tal retórica y juega sus últimas fuerzas en la vida. Decide, al final, cuando todo parece perdido, reempezar otra vez: 'No hay otro campo para la debida traición que los hechos, la llamada Historia. Había que ingresar por ella para salirse uno por la suya' (*Daimón*, p. 267). La visión que tiene Posse de la historia se explicita. La historia es traición, hay que luchar contra ella.

La estúpida muerte de Lope, al final de la novela, es ambigua. No se puede comprobarla. Además, él deja en el útero de La Morita su furioso daimón que pronto deberá contagiar a todos los que se dirigen a la selva para resistir a la dictadura a través de la guerrilla.

También para el escritor la esperanza posible es buscar un rayo de luz para poder sobrevivir. La historia, en su emarañado de discursos, se presenta como una serie variada de posibilidades. La literatura retoma cada una de esas versiones, al mismo tiempo en que niega otras que hasta entonces se aceptaban como verdaderas. Y al retomarlas las reescribe.

Y la historia, que también es discurso, se transforma en literatura, que es un fenómeno histórico. Una vez más se cierra el círculo y se puede empezar una nueva historia.

NOTAS

- 1 A. Posse, *Daimón* (Buenos Aires: Emecé, 1989), p. 149.
- 2 S. Menton, *La Nueva Novela Histórica de la América Latina. 1979-1992* (México: Fondo de Cultura Económica, 1993), p. 48.
- 3 Menton, *La Nueva Novela Histórica*, pp. 42-43.
- 4 B. Pastor, *El discurso narrativo de la Conquista de América* (La Habana: Casa de las Américas, 1983).
- 5 A. M. Perrone, 'Abel Posse: La Argentina es como un barrio latinoamericano', *Sur* (Buenos Aires), 2 de febrero de 1990, pp. 2-3.